

Patricia Casanueva

Neftalí es Pablo



978-956-9951-00-8

Neftalí, el “niño de la lluvia” del que tanto se ha hablado, derrochó magia y fantasía en su arte, pero su mayor creación será siempre, la persona que hizo surgir de si mismo: Pablo Neruda.

Neftalí es Pablo, es parte de la Colección Raíces culturales de América, que está compuesta por novelas breves, que narran la infancia y juventud de figuras emblemáticas de la cultura americana y que se han transformado en referentes mundiales.



Patricia Casanueva



Neftalí es Pablo



Ilustraciones de José Andrés Saldaña

Neffalí es Pablo

Infancia y juventud de Neruda

Patricia Casanueva Riquelme

Ilustraciones de José Andrés Saldaña Gaete

Edición: Ángel Villaobos Faundez

Diseño: Sigrid Muñoz González

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción o publicación de esta obra, ya sea a través de fotocopia, impresión, microfilm o cualquier otro procedimiento, sin la autorización previa, por escrito, del editor.

Derechos reservados. © Editorial Cafuné SpA.

www.editorialcafune.cl

ISBN: 978-956-9951-00-8

Se terminó de imprimir esta SEGUNDA EDICIÓN en diciembre de 2023.

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

Cafuné
EDITORIAL

 @cafune.editores

www.editorialcafune.cl



Neftalí es Pablo

Infancia y juventud de Neruda

Patricia Casanueva Riquelme



Capítulo 1

La madre en un retrato

Mi abuela Encarnación me contó que esa tarde había sido una de las más lluviosas de 1903, lo que no es poco si consideramos que los habitantes de Parral, en el sur de Chile, están habituados a las eternas y oscuras tardes de lluvia espesa y de fuertes vientos.

Caudales de lodo y agua corrían por las calles, haciendo sonar los techos de lata con un ruido ensordecedor que espantaba a cualquiera. Sin embargo, para Rosa Neftalí Basoalto, mi futura madre, ese sería el día más feliz de su vida, pues se encontraba a punto de cumplir su anhelado sueño de casarse y formar una familia.

Caminaba hacia el altar de la iglesia de Parral engalanada con un hermoso traje blanco, que resaltaba su distinguida silueta. Ni el barro que había salpicado el luminoso raso, podía opacar la sonrisa de su rostro.

La elegante novia, avanzaba con paso parsimonioso, tomada del brazo de su padre, para ser “entregada” al desposado: José del Carmen Reyes, mi padre en ciernes, que ya se encontraba esperándola, ansioso y enamorado, junto al altar.

Sus grandes ojos azules se posaron en la fina y estilizada figura de la novia, y una sonrisa encantadora se dibujo en sus labios.

Junto a él se encontraba su padre, un hombre serio, hosco y muy compuesto, con la elegancia campesina de aquéllos años y la mente inundada por el recuerdo de su amada esposa, ya que esa ceremonia le hacía recordar días de una felicidad que jamás volvió a conocer. ¡Pobre abuelo mío!, don José Ángel Reyes, indolente hasta consigo mismo, pues amaba a su difunta primera esposa y jamás olvidó su frágil figura, su pálido

rostro y sus ojos oscuros de profunda mirada, pero prohibió a sus labios volver a pronunciar su nombre y para mi padre, único hijo de ambos, borró todo vestigio de su existencia.

Del brazo del novio se encontraba su madrastra, quien se encargó de criarlo, luego de perder a su madre al mismo instante de nacer: Doña Encarnación Parada, la única abuela que conocí y de la que guardo un hermoso recuerdo de mis primeros años. Era una mujer saludable y robusta, tanto que pudo criar a trece niños sin perder una pizca de su carácter pícaro y risueño. Ver la parte luminosa de la vida le permitió sortear las diferencias esenciales que tenía con su marido y mantenerse junto a él por largos años.

Fue gracias a ella que no sólo pude acceder al relato de lo ocurrido aquella tarde en la iglesia, sino también obtener los esbozos de mi primer pasado y mis orígenes, que me confirmaron que no era yo un producto de ficción...

Para comprender esto tienen que saber que, gracias a mi padre, mi niñez estuvo marcada por esta sensación de haber surgido de la nada,

pues “nada” era lo que él me contó sobre mi nacimiento...un suceso doloroso, por lo que llegué a saber, que explicaba en parte el que lo haya guardado y “lacrado” dentro de sí.

Pero sigamos con la historia.

Luego del matrimonio, mi madre Rosa, a la que nunca llegaré a conocer, mas allá de este relato, siguió con su trabajo de profesora primaria en la Escuela Superior de Niñas N° 2 de Parral, al menos hasta que su estado de salud se lo permitió.

Aunque no era una enfermedad lo que la aquejaba... era yo y mi peregrinación” por llegar a este mundo.

El embarazo fue muy difícil: mi urgencia por nacer era tanta que desde el tercer mes ya quería asomarme y esto provocaba sangramientos a mi madre lo que la obligaba a tener largos períodos de reposo absoluto.

Quizás la razón fuera que Rosa estaba por cumplir los cuarenta, o bien que no pudo acceder a mejores cuidados médicos, pues en casa los recursos no abundaban, la cosa es que el tiempo de

mi “espera” fue complicado y eterno, para ella.

José del Carmen, mi padre, tenía empleos esporádicos ya que la zona se encontraba muy afectada por la depresión económica en aquellos años.

Malhumorado y poco afectuoso con su mujer, deprimido por la complicada situación económica, le intranquilizaba traer al mundo a un hijo al que no se hallaba capaz de mantener...

Cuanto habrá resentido después esta actitud, él que tanto la amaba y no valoró el corto tiempo que la tuvo a su lado.

Por su parte, mi madre se refugiaba en la letra impresa... no solo en la lectura que tanto disfrutaba, sino también –y esto quizás no les extrañará al conocer mi destino– en escribir poemas.

Poesías tristes que luego haría “desaparecer”, por el temor de que su marido llegara a leerlas y, de ese modo, se enterase de los sentimientos de aflicción y abandono que estaba experimentando.

Así pasaron los meses, y el doce de julio de 1904 llegué al mundo.

Fui el único hijo que surgió de esta unión, ya que ella, debilitada por el parto y la fiebre puerperal, contrajo tuberculosis y murió en agosto, cuando yo recién cumplía un mes y dos días de vida.

¿Qué recuerdo de esa madre fugaz?

Nada o casi nada. El destello de un retrato, que mi abuelo me mostró antes de partir hacia Temuco, cuando yo cumplí seis años.

Hoy evoco perfectamente la mirada de mi madre en aquella fotografía y su expresión de amargura e infelicidad...

Había tanto que saber, tanto que preguntar, tanto que ahondar en esa expresión.

Pero no le dije nada a mi abuelo.

No era ese un tiempo en que los niños pudieran conversar con un adulto, ni menos tratar de escarbar en algo que ellos querían dejar enterrado para siempre.

El asunto es que, con la muerte de Rosa Nef-talí, se repite en mí la tragedia de mi padre: la orfandad de madre fue un dolor compartido, el

suceso que marcará nuestras vidas.

Ambos, papá y yo, conocimos el rostro de nuestra madre solo por retratos y buscamos eternamente en las mujeres que amamos los ojos profundos de la mujer que nos dio vida.

Capítulo 2

El patiperro y el patriarca

Mi padre, destrozado por la pérdida que lo afligía y abrumado por las responsabilidades consiguientes (vale decir, conmigo) lo primero que hizo fue entregarme a los cuidados de su madrastra, doña Encarnación, la que de inmediato buscó una nodriza para que me amamantara. Así, bruscamente, la vida me alejó del lado de mis padres y fui integrado a la familia Reyes Parada, la de mis abuelos, en el fundo Belén.

Lo segundo que hizo don José del Carmen Reyes fue dedicarse a viajar, en busca de un

sinfín de trabajos inestables que lo ayudaran a estar lejos y a olvidar.

Fue así que se marchó en primer lugar para Argentina... Mal le fue, al menos en lo material, ya que, al cabo de un tiempo, regreso con las manos vacías.

Luego escuchó el rumor de la “conquista del salitre” y emprendió el rumbo hacia el Norte Grande, pero al poco tiempo constató algo inesperado, algo que tiene que ver con el sol y la tierra yerma: el desierto profundo secaba su garganta y agotaba sus fuerzas inexorablemente.

Sureño de tomo y lomo, prefería la compañía de los bosques y la lluvia... sin el olor a madera mojada impregnada en sus narices, le era muy difícil respirar.

De esta manera, al cabo de unos meses, ya estuvo de vuelta en Parral, de regreso a la casa paterna, en el fundo Belén.

Allí me reencontré con él, con su figura gas-

tada de tanto viaje, pero al mismo tiempo, presa de la incomodidad en la tranquilidad del campo: el establo, las vacas, las lentas carretas parecían incomodarlo.

Su trato conmigo no era nada especial, incluso estando presente dejaba mis cuidados a las decisiones y el esfuerzo de la abuela Encarnación. No, en ningún sentido era un padre cariñoso. Aunque debo decir que, a veces, sentía cierta melancolía al mirarme. Quizás porque mis rasgos le recordaban a alguien.

La mujer que ambos perdimos para siempre.

Pero pronto halló la manera de huir, ya que mi abuelo, el “bíblico de siempre”—como él le decía, con resentimiento— lo hostigaba con sus citas religiosas que cuestionaban su forma de vida...

“Si solo fueran sinceras...”, refunfuñaba José del Carmen y, en efecto, tiempo después me vine a enterar de que él siempre había

visto a su señor padre ligado al Libro de los libros, solamente en las palabras, pero no así en los hechos. Lo único que, según mi padre, correspondía a esa vocación religiosa era el haber bautizado a 12 de sus 13 hijos con nombres de patriarcas bíblicos.

Sí, mi abuelo era un personaje de fuertes contrastes morales –hizo que Encarnación criara a hijos que concibió con otras mujeres– y eso caló profundamente en mi padre. Sin embargo, quiero dejar muy en claro que yo adoraba estar con mi abuelo y que aquellas largas tardes de lecturas de salmos y parábolas, no fueron en mi caso, una carga; al contrario, acostumbraron a mi oído a los ritmos del verso y de la alta prosa, siendo la base de mi formación posterior.

Pero lo que no me fue evidente, hasta mucho después, es que la rebeldía de mi padre no era tan en contra de las actitudes del viejo patriarca, sino sobre todo porque había algo en él que lo asustaba, algo que rehuía tanto como la muerte: que don José

Ángel planeara para su hijo, que tanto amaba los caminos y la libertad, un rutinario destino agrícola.

El viejo otra vez tuvo que dejarlo partir. Como siempre de mala gana, reiterando hasta el hartazgo que no se fuera:

“¿Pero para qué te vas de nuevo? Sabes que en los puertos abunda el pecado... Además, ya estuviste una vez por allá y ¿qué es lo que te dejó?... Absolutamente nada”. No sé por qué le pones oído a ese gringo, ese mercachifle de ganado y maíz. Te llama y vas corriendo... siempre dando todo por tus amigos y dejando nada para tu familia”.

Pero poco le importaban los rezongos y consejos de su padre, él solo esperaba la excusa para marcharse de ahí, y esta llegó en forma de una propuesta: la de su amigo y compadre, Carlos Mason Reinike, al que todos le decían el gringo.

